

## ***EL AMOR EN ORGULLO Y PREJUICIO: TRES LECCIONES DE JANE AUSTEN***

Natalia Sanmartin Fenollera.

Universidad Pontificia de la Santa Cruz.

Roma, noviembre de 2018.

Muy buenos días a todos, gracias por estar aquí. Antes de nada, quisiera empezar por agradecer a la Universidad Pontificia de la Santa Croce el haberme invitado a participar en este congreso dedicado a la educación para el amor y la amistad a través de los clásicos y el haberme encargado una conferencia sobre una obra que es muy querida y muy especial para mí.

La novela de la que voy a hablar hoy aquí cumplirá el próximo enero doscientos seis años. Ha atravesado dos agitados siglos y lo ha hecho sin perder ni su influencia ni su encanto. Ha vendido veinte millones de ejemplares y continúa sumando (doscientos mil cada año solo en Inglaterra), suscitando devoción y entusiasmo entre los lectores, capturando la atención de los expertos y los académicos. Creo que se puede decir que *Orgullo y Prejuicio*, de Jane Austen, ha sido analizada desde todos o casi todos los puntos de vista posibles. Se han elaborado multitud de tesis doctorales sobre ella, se ha reflexionado sobre su trama, su estructura y sus personajes, se han rastreado sus influencias, se han destacado sus genialidades y buscado (con dificultad) sus defectos, se la ha arrancado de su hábitat natural –el de las bibliotecas, las librerías y las manos de los lectores– para llevarla al teatro, a la televisión y al cine, y todo ello se ha hecho con éxito.

En las páginas de *Orgullo y Prejuicio* se ha visto casi todo lo que es posible ver. Una historia sobre el amor, por supuesto; una inteligente radiografía sobre el cortejo y el matrimonio; un retrato vivo, casi una perfecta miniatura, de la nobleza y de la clase media rural británica de finales del siglo XVIII, con sus virtudes y sus defectos. Se ha destacado su vivisección de la psicología femenina, su mirada irónica sobre algunas costumbres de su tiempo e incluso su condición de cuento de hadas. Hay quien ha visto en ella un prematuro manifiesto feminista y hay quien la ha tachado, y la tacha, de indiscutible tratado patriarcal.

Se ha dicho y se ha escrito mucho, y se seguirá diciendo y escribiendo mucho más. Un ejército de expertos y una inmensa bibliografía atestiguan que el interés por *Orgullo y Prejuicio* no retrocede, y que nunca lo ha hecho, desde que la prensa británica publicase la primera reseña sobre el libro, apenas dos meses después de haberse puesto a la venta. Brillantez, inteligencia, gracia, maestría, son adjetivos que se han aplicado de forma reiterada a la novela. Y merece sobradamente cada uno de ellos.

Todo lo que he dicho hasta ahora es verdad, pero como sucede a menudo, no es toda la verdad. Porque bastaría interrogar a uno solo de los millones de lectores que han disfrutado de *Orgullo y Prejuicio* a lo largo de estos dos siglos, sin diseccionarla ni analizarla, para comprender que el lugar que ocupa en la historia de la literatura no se debe solo a su sabiduría o a su genio, sino al hecho de que se trata de un libro extraordinariamente fácil de amar. Y lo es pese a famosas excepciones, como la de Mark Twain, que aseguraba que su lectura le

hacía sentirse como “un camarero entrando en el Reino de los Cielos”, o la de Virginia Woolf, que admiraba el talento de Jane Austen, pero también denostaba lo que definió como “la razón principal por la que [Austen] no nos atrae como lo hacen algunos escritores inferiores”: su falta de rebeldía y “su escaso descontento”.

Debo confesar que yo formo parte de ese grupo de lectores que agradecen secretamente a Jane Austen no haber vertido en *Orgullo y Prejuicio* más que un “escaso descontento”; y que han leído, releído y vuelto a releer, del derecho y del revés, la historia de la familia Bennet, sus cinco hijas, sus pretendientes y sus amigos y vecinos. Mi única acreditación para hablar del libro es esa: la de haberlo amado desde que era una niña y la de haber podido rendirle un pequeño tributo en una novela que me trajo por primera vez a esta universidad hace algo más de tres años: *El despertar de la señorita Prim (Il risveglio della Signorina Prim)*.

La primera vez que *Orgullo y Prejuicio* cayó en mis manos yo apenas había cumplido once años. Era un vieja edición traducida al castellano que perteneció a mi abuela materna, exactamente la misma edición que tenía en su biblioteca mi abuela paterna, que fue una austeniana confesa. Aquella edición pasó a mi madre y después a mis hermanas y a mí. El *Orgullo y Prejuicio* de nuestra casa, nuestro *Orgullo y Prejuicio*, estaba entelado en azul y tenía las páginas amarilleadas por el tiempo. No había en él ni ilustraciones ni grabados, ninguna concesión amable a la vista. No le hacía falta. Porque desde la primera vez que leímos esa frase inicial que todos los aficionados a Jane Austen conocen de memoria (“Es una verdad universalmente conocida que un hombre en

posesión de una gran fortuna debe tomar esposa”), el libro nos atrapó, y siguió haciéndolo en sucesivas lecturas a lo largo de los años.

Un libro fácil de amar. ¿Pero qué supone amar un libro?

El profesor estadounidense John Senior en una obra brillante publicada en 1978, pero no demasiado conocida en Europa, *La Restauración de la cultura cristiana*, recuerda las palabras de Ricardo de San Víctor, un místico escocés del siglo XII a quien Dante incluyó en el cuarto círculo de la Divina Comedia, el dedicado a los sabios. Ricardo de San Víctor escribió: “*Ubi amor, ibi oculus*”, donde está el amor está el ojo; lo que significa que solo el que ama ve, solo el que ama conoce a la persona o al objeto amado. Es una hermosa idea, que no solo explica por qué estoy hoy aquí hablando de literatura sin ser especialista en literatura, sino que también nos da una pista sobre el corazón de la historia que Jane Austen escribió hace doscientos años y sobre el motivo por el que seguimos hablando de Elizabeth Bennet y de Darcy, de Jane y de Bingley, del amor y del desamor, del orgullo y los prejuicios. Porque las páginas de *Orgullo y Prejuicio* muestran cómo el amor no solo no ciega, sino que cuando llega abre los ojos, y cómo solo el amante es capaz de ver lo que los demás no ven y de descubrir quién es verdaderamente el amado.

*Ubi amor, ibi oculus*. Jane Austen tenía solo veintiun años cuando escribió la primera versión de *Orgullo y Prejuicio*, que en noviembre de 1797 fue rechazada por un editor llamado Thomas Cadell en un ejemplo de miopía que se ha hecho famoso en la historia de la literatura. ¿Cómo es posible que una veinteañera pudiese escribir un

retrato tan certero, aunque fuese todavía un primer boceto, sobre la vida en una pequeña localidad rural a finales del siglo XVIII? ¿De qué experiencias vitales puede servirse una joven que apenas ha salido de su hogar? Del amor, una vez más. Del amor al pequeño universo que la rodeaba y del amor a las personas, objetos y costumbres que lo poblaban. Las cartas de Jane Austen a su hermana Casandra son la mejor explicación del porqué de sus libros. Ninguna de ellas versa sobre filosofía o historia; tampoco hablan de política, pese a que muchas fueron escritas en tiempos de guerra. Hablan de flirteos y de bailes, hablan de romances y costura, hablan con malicia e ingenio de un sinfín de pequeños acontecimientos cotidianos, de paseos, pretendientes y niñeras; de amigos, maridos y vecinos; de jardines y lecturas en voz alta; de veladas tranquilas y veladas alegres. Ingenio y malicia, las mismas que vemos en Elizabeth Bennet en *Orgullo y Prejuicio*.

En esas cartas, casi podemos oír la voz de Jane al hablar a su hermana Casandra de un joven con el que flirteaba: “solo tiene un defecto, que confío que el tiempo eliminará totalmente: lleva un chaqué demasiado claro”. O al describir a una dama en una fiesta: “Apareció exactamente como en septiembre pasado, con la misma cara ancha, diadema de diamantes, zapatos blancos, marido rosa y cuello grueso...”. O al rememorar su experiencia en un baile al que había acudido por primera vez quince años antes y confesar sentirse tan feliz como entonces, aunque sin la tensión y los nervios de entonces.

Es en una de esas cartas en la que Jane Austen hace una famosa definición del universo de sus novelas y revela lo mucho que disfrutaba

ciñéndose a sus límites. “Ahora estás resumiendo los personajes de maravilla”, le dice a su sobrina Anna, que empezaba a redactar historias y las sometía al juicio de su tía, “colocándolos exactamente en la situación que es la delicia de mi vida: tres o cuatro familias en una ciudad rural forman la base material de trabajo”.

La delicia de su vida. Dónde está el amor, está el ojo. Solo se conoce de verdad lo que se ama; ésa es la llave maestra de Jane Austen. Sí, Virginia Woolf tenía razón. No hay demasiado descontento en la historia de la familia Bennet y de sus esfuerzos por casar a sus hijas; no lo hay en el enamoramiento del señor Bingley y Jane Bennet ni en la batalla dialéctica entre el arrogante Darcy y la independiente y tempestuosa Elizabeth; ni siquiera lo encontramos en la necedad de la señora Bennet, la pedantería del primo Collins o las mentiras y los vicios del señor Wickham. No hay amargura en la pluma de Jane Austen, hay gozo y hay deleite. Sus personajes no son perfectos, pero ella los ama, como nosotros amamos y somos amados pese a nuestras imperfecciones. En las páginas de *Orgullo y Prejuicio* hay necios, hay vanidosos, hay pedantes, hay frívolas, hay mentirosos, hay indolentes, hay defectos comunes y maldades comunes, aquellas con las que seguramente su autora tropezó en su vida, aquellas con las que todos nosotros tropezamos en nuestras vidas, y tropezar es inseparable aquí de caer y cometer. No hay excesivo descontento, pero ello no significa que no haya vida real.

Jane Austen no escribió sobre la guerra; no escribió sobre el crimen y tampoco sobre la miseria. No habló de cosas que no había visto, pero vio muchas de las que a menudo pasan desapercibidas. “Me congratulo

de mi habilidad para detectar adúlteras”, escribe en otra de sus cartas a Cassandra. No, el mundo de Jane Austen no era perfecto, pero ella lo amaba, y porque lo amaba, lo conocía y lo plasmó como era.

*Ubi amor, ibi oculus.* ¿Cuál es la función del arte? ¿Cuál es el fin de la literatura y la poesía?

Si miramos a Aristóteles, y no es una mala dirección hacia la que mirar, el arte nos permite aprender con deleite. El poeta imita la realidad y al hacerlo provoca gozo. Se trata de una concepción artística que apenas reconocemos en pleno siglo XXI, con la que no se identificaba ya Virginia Woolf cuando se quejaba de que las obras de Jane Austen mostraban escaso descontento. Pero durante siglos, Occidente entendió el arte al modo griego. Entendió que el arte provoca gozo, lo provoca incluso cuando plasma el dolor o la tristeza, porque muestra por imitación lo que hay en el alma y en la naturaleza y nos permite participar indirectamente de ello y reconocernos en ello.

La poesía –y hablo de poesía en sentido amplio– ha sido bendecida con un misterioso don: el poder de despertar a la Bella Durmiente que habita en nosotros, la nostalgia por lo bueno, lo bello y lo verdadero, por ese algo que está inscrito en el corazón del hombre, pero que a menudo yace apagado, sofocado por los estrechos límites de una cultura basada en el materialismo, el relativismo y el sentimentalismo más feroz, y de una tecnología alienante que nos hace mirar al suelo y rara vez contemplar el cielo.

Como los griegos nos enseñaron, como el profesor John Senior puso en práctica en sus clases en la Universidad de Kansas en los años setenta con frutos extraordinarios, la literatura y la poesía nos permiten conocer el dolor, el amor, la belleza, la sabiduría e incluso la muerte de forma sustitutiva, y hacerlo con deleite. Ese poder mágico de los grandes libros es la razón por la que las obras maestras universales sobreviven al paso del tiempo; es la causa de que sigamos leyendo a Homero, a Platón, a Virgilio, a Shakespeare o a Cervantes, y el motivo por el que resulta tan importante acercarse a ellos, como también a lo que Senior denominaba los buenos libros, aquellos que es necesario conocer para poder comprender los grandes.

*Orgullo y Prejuicio* es uno de esos buenos libros que proporcionan un primer acercamiento poético a la realidad y preparan para la experiencia. En sus páginas adquirimos un conocimiento indirecto y vicario de muchas cosas hermosas y de otras que no lo son tanto. El amor, el matrimonio, la amistad, la lealtad, pero también los defectos de carácter y los errores de juicio sobre uno mismo y sobre los demás que dificultan y frustran la búsqueda de la felicidad.

Probablemente, el mejor momento para leer la historia de Jane Austen sea durante la primera adolescencia, en esa edad en que suele conocerse por primera vez el amor con ese “grado de perfección y pureza” que creemos “nunca jamás” alcanzar de nuevo, salvo “quizá en la muerte”, como narra con una belleza extraordinaria Alain-Fournier en *El Gran Meaulnes*. Y si la adolescencia es el mejor momento para leer el libro por primera vez, la madurez lo es para comprenderlo en profundidad. El cardenal John Henry Newman expresó muy vivamente



esta experiencia, la de leer un clásico en la juventud y volver a leerlo cuando la vida ya he hecho mella en el corazón. Es entonces cuando las palabras nos “perforan”, dice, con “melancólica honestidad”.

¿Qué nos enseña *Orgullo y Prejuicio* desde esta visión de la literatura? ¿Cómo y en qué sentido prepara el corazón y le permite conocer poéticamente lo que como obra de arte refleja? Tal vez antes de hablar de lo que enseña, sea interesante hablar de lo que no enseña. Durante muchos años yo no lo advertí, hasta que un monje benedictino de la abadía de Santa Magdalena de Le Barroux, en Francia, el hermano Etienne, me dio la clave en tres sencillas líneas de una carta. “Es una buena obra”, me dijo, “pero no se abre hacia el universo de la gracia, no tiene ventanas”. *Orgullo y Prejuicio* tiene una herida que está presente en parte de la literatura posterior a la Reforma. Son grandes obras, pero les faltan ventanas, les faltan alas, les falta la intuición, la búsqueda, la experiencia, el combate, el rechazo, incluso la huida ciega frente al amor sobrenatural.

El cardenal Newman, que leyó y disfrutó del genio de Jane Austen, escribió algo similar. “Todo lo que la señorita Austen escribe es inteligente, pero echo de menos algo”. Sí, existe esa carencia en *Orgullo y Prejuicio*, y no porque Jane Austen no fuese religiosa, que lo era, sino porque en sus páginas falta esa verticalidad del cielo atravesando la tierra, penetrando en el alma, derribándola incluso, que sí podemos hallar, a veces de forma oscura y casi como a tientas, en obras no solo paganas, sino en ocasiones hasta abiertamente anticristianas.

Bien, le faltan ventanas. Pero ¿qué hay de las puertas? ¿Qué es lo que puede darnos *Orgullo y Prejuicio*? ¿Qué puede mostrar a un adolescente o a un joven que se adentre por primera vez en sus páginas? Yo voy a hablar solo de tres enseñanzas sobre el amor, de tres puertas que Jane Austen abrió en la novela.

1. La primera de ellas nos descubre aquello que Gilbert K. Chesterton supo ver tan bien en un viejo cuento de hadas, *La Bella y la Bestia*: el hecho de que para ser amable, una cosa necesita primero ser amada.

Recordemos el comienzo de la novela. La llegada a Netherfield del apuesto y afable señor Bingley revoluciona la pequeña localidad de Meryton, especialmente al saberse que a sus virtudes une una renta anual de 5.000 libras. Naturalmente, todas las familias con hijas casaderas desean conocerle, especialmente la familia Bennet, cuyas cinco hijas tienen la desgracia de vivir en una propiedad vinculada por el mayorazgo a su primo Collins, que será el que herede la casa la muerte del señor Bennet. Pese al entusiasmo inicial, la aparición en escena de un amigo de Bingley, el señor Darcy, “un hombre alto, de hermosas facciones y de porte aristocrático” centra todas las miradas, especialmente cuando corre la voz de que es un rico heredero con una renta de 10.000 libras. La estrella de Darcy brilla intensamente en el baile de Meryton hasta que sus modales altivos y desagradables, nos dice Jane Austen, “causaron tal disgusto que hicieron cambiar el curso de su buena fama”.

Harían falta varias conferencias como esta para hablar sobre el personaje de Darcy, su famosa arrogancia y la fascinación que sigue

despertando generación tras generación en todas las lectoras de Jane Austen. Pero para lo que necesitamos ahora, como ejemplo de cómo el amor no solo transforma al que ama, sino que hace lo mismo con el amado, basta recordar las palabras con las que Elizabeth Bennet le rechaza tras su primera, apasionada y terriblemente torpe declaración de amor. “Desde el principio, casi desde el primer instante en que le conocí, sus modales me convencieron de su arrogancia, de su vanidad y de su egoísta desdén hacia los sentimientos ajenos”, le asegura Lizzy para concluir con uno de los rechazos más tajantes y menos corteses de la historia de la literatura. “Y no hacía un mes que le conocía cuando supe que usted sería el último hombre con el que me casaría”.

Darcy es, aparentemente, todo lo que Elizabeth le atribuye. Sus modales son terribles y su altanería insoportable. Se jacta de su orgullo, que justifica en la superioridad de su cuna y de sus cualidades y que le lleva a despreciar profundamente las debilidades de los demás. “No puedo olvidar tan pronto como debería los vicios y las insensateces ajenas”, dice. “El que pierde una vez mi estima, la pierde para siempre”. ¿Hay algo amable en Darcy? Jane Austen no dibuja personajes planos, no hay nada en ella que toque una sola nota. Darcy tiene todos esos defectos, pero desde el principio ella nos deja adivinar en él una nobleza y una rectitud ahogadas por ese mar de orgullo. Y también algo más, algo que en una primera lectura no siempre es fácil de detectar: una cierta timidez y un fuerte deseo de ser amado. Darcy no es amable, pero Jane Austen no nos deja dudas de que necesita ser amado.

2. *Ubi amor, ibi oculus*. Ricardo de San Víctor vuelve a guiarnos hacia la segunda puerta. El descubrimiento lento y tortuoso del amor por parte de Elizabeth es similar al proceso de quitar las capas a una cebolla. Error de juicio tras error de juicio, malentendido tras malentendido, interferencia tras interferencia, incluidos la vanidad y el amor propio, la heroína de *Orgullo y Prejuicio* se va adentrando en el impenetrable carácter de Darcy y descubre que bajo esa coraza arrogante se oculta nobleza, lealtad y una profunda necesidad de amar. Y si por un lado ese descubrimiento hace nacer el amor en ella, por otro, Jane Austen nos muestra de una forma muy sutil que solo cuando comienza a amarle, aun de forma casi inconsciente, solo entonces es capaz de ver quién es realmente el hombre al que tanto ha despreciado.

“Pues sí, me gusta”, le dice Elizabeth a su asombrado padre, “le amo. Además, no tiene ningún orgullo. Es lo más amable del mundo. Tú no le conoces”. No, el señor Bennet no le conoce, pero ahora ella sí. La transformación de Darcy es la respuesta a la búsqueda eterna del amor y al encuentro con la amada. Bestia no era una bestia, era un príncipe atrapado en un hechizo que solo destruye el amor.

3. “No imagino algo peor que un matrimonio sin amor”, escribe Jane en otra de sus cartas a Casandra. Es la tercera de las puertas de *Orgullo y Prejuicio*, que contradice a todos aquellos que acusan a Jane Austen de rendirse al peso de algunos convencionalismos presentes en su tiempo. La felicidad en el matrimonio no se basa meramente en la seguridad económica y en la conciencia de clase, se basa en el amor; en el amor que ve y que no es ciego, en el amor que conoce las virtudes y los defectos del otro, que crece y extiende sus raíces cada vez más

profundamente. La fina ironía de *Orgullo y Prejuicio* no desafía abiertamente las convenciones, tampoco las descalifica sin matices, pero señala errores y estrecheces con pulso de cirujano. Sin duda las hermanas Bennet necesitan un matrimonio que les proporcione un hogar propio y seguridad, puesto que de no ser así las espera la pobreza a la muerte de su padre, pero eso no justifica una unión por conveniencia. Jane Austen no desdeña la riqueza o el bienestar en su novela, pero reivindica el amor como requisito imprescindible y primario para un matrimonio feliz.

Cuando Elizabeth Bennet recibe una oferta de matrimonio del pomposo, ridículo e insufrible señor Collins, su primo y futuro heredero de la propiedad de los Bennet, no duda en rechazarle, pese a que ello resolvería el incierto futuro económico de su madre y sus hermanas cuando su padre falte, y lo hace pese a la presión de su madre y con el apoyo de su padre. “Tienes una triste alternativa ante ti, Elizabeth”, le dice el señor Bennet. “Desde hoy en adelante tendrás que renunciar a uno de tus padres. Tu madre no quiere volver a verte si no te casas con Collins, y yo no querré volver a verte a si lo haces”.

*Orgullo y Perjuicio* no solo nos enseña que la búsqueda de la seguridad o la huida de la soledad no son buenos pilares para un matrimonio feliz, sino que tampoco lo son la sola pasión, el mero romanticismo o la insensatez sentimental. El matrimonio, previa fuga, del innoble George Wickham y Lidia, la frívola hermana menor de Elizabeth, aparece como otro ejemplo negativo de lo que puede ocurrir cuando no se conoce al otro ni se le ama, más allá de la atracción o el enamoramiento fugaz. Lo mismo ocurre con el viejo matrimonio Bennet, del que se nos da a

entender que fue la belleza de la señora Bennet, que no su buen juicio o sus virtudes, lo que llevó a un joven señor Bennet a perder su soltería y emprender una vida de tedio sobrellevada entre libros, sorna y apatía. “Sé que nunca podrás ser feliz ni prudente si no aprecias verdaderamente a tu marido, si no le consideras como a un superior. (...) Hija mía, no me des el disgusto de verte incapaz de respetar al compañero de tu vida. No sabes lo que es eso”. Con esa franqueza, fruto de su propia experiencia, habla el señor Bennet a su hija cuando esta le comunica que ama a Darcy y que quiere casarse con él. Efectivamente, Elizabeth no sabe lo que es eso y presumimos que no lo sabrá nunca, porque se une a un hombre al que ama y respeta. Pero su padre sí lo sabe y nosotros lo sabemos con él.

Y lo sabemos porque a lo largo de las páginas de *Orgullo y Prejuicio*, Jane Austen nos hace trabajar a conciencia. Nos obliga a intuir, deducir, captar, aventurar, suponer, adivinar...nos lleva casi a sobrevolar el cielo bajo el que se mueven sus personajes y a hacerlo a su misma altura. “No escribo para enanos insulsos que carezcan de una gran porción de ingenio” escribe con humor a Casandra, citando de memoria y a su manera el *Marmion* de Walter Scott. En esa misma carta anuncia con júbilo a su hermana que ha recibido por fin a su “querido hijo de Londres”: el primer ejemplar impreso de *Orgullo y Prejuicio*.

Hemos visto tres lecciones sobre el amor, hemos abierto tres puertas, pero la mayor de todas ellas no está en el libro, está en la propia Jane Austen. “Tenía un corazón tierno y regido por fuertes principios”, recuerda uno de sus sobrinos en la biografía que le dedicó. “No hay encanto comparable a

un corazón lleno de ternura”, descubre finalmente Emma Woodhouse, otra de sus grandes heroínas. No hay amor sin humildad y no hay amor sin gratitud, nos enseña ella misma en una de las últimas cartas que escribió, poco antes de morir, y murió muy joven, con 41 años. En ella dice a uno de sus sobrinos: “Que Dios te bendiga, mi querido Edward. Si alguna vez enfermas, deseo que seas cuidado con tanto amor y ternura como yo lo he sido, que tengas las mismas cariñosas atenciones de amigos solícitos y comprensivos, y que tu mayor bendición sea –y me atrevo a decir que así será– tener la conciencia tranquila por haber merecido todo ese amor. Yo no puedo tener ese sentimiento”.

Las palabras de Casandra son la mejor respuesta a esa inquietud. “He perdido un tesoro, una hermana tan especial, una amiga que jamás podrá ser igualada. Ella era el sol de mi vida, la que iluminaba cualquier alegría, la que aliviaba cualquier tristeza”, escribe Casandra a su sobrina Fanny en julio de 1817, dos días después de la muerte de su hermana.

Hemos hablado de ventanas, puertas y lecciones. Pero antes de terminar habría que hablar también de inocencia, rebeldía y libertad. Hemos señalado el qué, pero casi es más importante el cómo. ¿Cuál es la mejor forma de leer a Jane Austen, de leer una obra literaria? ¿Cómo debe ser nuestra mirada? El profesor Senior, en *La Restauración de la cultura cristiana*, nos da una respuesta muy clara:

“Y el mejor punto de vista es el del aficionado, de la persona común que se entretiene con lo que lee, ignorante de esos exámenes críticos, históricos o textuales que destruyen aquello que analizan, tan enemigos de la cultura como los estudios de la sexualidad lo son del matrimonio, o la agricultura científica de la vida del campo. Cualquier cosa que hagan, no envenenen el

aljibe y el campo con diccionarios, enciclopedias, atlas, guías, ediciones críticas, notas, apéndices biográficos e históricos. Todo esto es la ciencia de la literatura, una mala aplicación del método científico a un campo que está fuera de su competencia. Nosotros queremos lo que Robert Louis Stevenson llamó “un jardín de niños”, algo simple, directo, placentero, espontáneo, libre, romántico, si quieren”.

Un jardín de versos para niños. Un jardín que amar y conocer. Jane Austen amaba sus novelas y amaba a sus personajes. Tanto que casi (o sin casi) nos amenaza desde esa correspondencia con Casandra si nos atrevemos a no hacer lo mismo. “Debo confesar que la considero [a Elizabeth Bennet] la criatura más deliciosa que ha aparecido jamás impresa y no sé si seré capaz de tolerar a los que no les guste ella lo más mínimo”.

Querida Jane, han pasado doscientos años desde que creaste a Elizabeth Bennet y estoy convencida de que será muy difícil encontrar a un solo lector de *Orgullo y Prejuicio* al que ella no le guste lo más mínimo. Puedes estar segura de que nos sigue pareciendo hoy tan deliciosa como te pareció a ti cuando la imaginaste, la creaste con escaso descontento y después nos la regalaste para siempre.

Muchas gracias.